

Educación sentimental

C. S. Lewis, el autor de “Las Crónicas de Narnia”, entre sus muchas obras, escribió un opúsculo denominado “La Abolición del Hombre” en el que aborda un tema muy actual: la existencia de valores objetivos o, si se prefiere, la objetividad de la ley natural frente al subjetivismo y relativismo.

En su argumentación hay una idea, ya presente en los clásicos —él mismo cita a Platón y Aristóteles—, que tiene, a mi juicio, una incidencia grande en la educación de nuestros hijos. El autor, con su peculiar ingenio y agudeza la enuncia y ejemplifica así: *Sin la ayuda de sentimientos orientados, el intelecto es débil frente al organismo animal. Yo jugaría antes a las cartas con un hombre escéptico respecto a la ética pero educado en la creencia de que “un caballero no hace trampas” que con un intachable filósofo moral que haya sido educado entre estafadores. En medio de una guerra no serán los silogismos los que mantendrán firmes los nervios y los músculos tras tres horas de bombardeo. El sentimentalismo más burdo hacia una bandera, un país o un regimiento sería más útil.*

En otras palabras, ya podemos esforzarnos los padres en transmitir a nuestros hijos las más grandes y bellas verdades o los más altos principios, que si no les hemos enseñado a “sentir” —así: *sentir*— agrado y simpatía por lo que “en verdad” y no “en apetencia” es grato y simpático, y disgusto y repulsa por aquello que, también “realmente”, es desagradable o repugnante, todos nuestros esfuerzos pueden ser en vano. Si, cuando llegue el momento de la reflexión y nuestros hijos sean capaces de reconocer con la inteligencia aquellas grandes o pequeñas verdades que hayamos sabido transmitirles, no han aprendido a sentirlas y nadie les ha enseñado a aborrecer lo detestable y gustar lo amable (en el sentido de digno de ser amado), si sus sentimientos no han sido educados parejamente a su entendimiento y, por el contrario, han campado arbitraria y caprichosamente por sus anchas, serán incapaces de admitir esas verdades porque, aunque quieran, no podrán ni sabrán vivirlas y sentirlas como propias.

En el fondo, esta educación de los sentimientos pasa por la adquisición de hábitos desde pequeños, hábitos que ayuden a ordenar las tendencias y emociones para armonizarlas y adecuarlas a la verdad o a lo más conveniente.

Por ejemplo, si es cierto, como el propio autor explica, que “la cabeza gobierna el vientre mediante el corazón”, a nuestros hijos les conviene mucho que les ayudemos a “gobernarse” desde pequeños, forzándoles a terminar aquellas comidas que menos les gustan. Y si es necesario, *haciendo de tripas corazón*, porque de esta manera estaremos ayudando a ese “corazón” —sentimientos, emociones, apetencias, gustos— a ser, en verdad, el escudero que la razón necesita para ejercer el ‘señorío de sí’ que nos caracteriza como personas.

Y más adelante, habrá que ponerles en situación de “sentir” —a veces a mera fuerza de repetición— cómo hay ‘bienes’ que en apariencia repelen, como quedarse en casa con un hermano enfermo ante la alternativa de ir al cine con sus amigos, y ‘males’ revestidos de atracción; o entrenarles en embridar los sentimientos de repulsa que naturalmente afloran ante la apariencia desagradable a los sentidos de la miseria, la mendicidad, algunas enfermedades, etc.

Una imagen que, a partir de cierta edad —12 años bastan—, entienden sin dificultad es la de la bicicleta. Si comparamos este sencillo artilugio con la persona humana, el manillar equivaldría a la razón, que es la que indica y decide el camino a seguir, los pedales y los frenos harían las veces de voluntad, que, bien entrenada, nos lleva a donde queremos ir, venciendo las subidas y adecuando la velocidad en las bajadas, y las ruedas corresponderían a los sentimientos, que, como tenemos experimentado, tienen una tendencia natural a seguir el camino más fácil.

Así, se da en la vida que a veces el sentimiento acompaña y hay que hacer muy poco esfuerzo para llegar al destino escogido..., pero otras veces, el sentimiento se revela porque encuentra un repecho que se resiste a ser vencido.

Esa resistencia se debe generalmente a falta de entrenamiento, de acostumbramiento. Un sentimiento que no ha experimentado jamás la superación de dificultades, el vencimiento propio y aún la frustración difícilmente podrá encarar cuesta alguna. Acaso querrá, pero no será capaz; a veces, siquiera de intentarlo.

Hay quien todavía piensa, con cierta ingenuidad, que hay personas buenas y otras que no lo son tanto; y que las primeras, en consecuencia, practican la bondad, ‘hacen actos buenos’ que las segundas no hacen. Pero la ecuación es la inversa: no practico la bondad ni hago actos buenos porque yo sea bueno, sino que llegaré a ser bueno en la misma medida en que practique y haga actos de bondad. Cada acto me conformará como persona. Por lo tanto, la mejor manera de ser bueno, decía Carlos Cardona, es empezar por realizar actos de esta naturaleza.

La educación sentimental de nuestros hijos es, en este sentido, imprescindible, y debe ser integrada en el conjunto de una personalidad armónica y completa. Puede decirse que si la voluntad es el fundamento último del amor, el sentimiento es el que lo humaniza. O, en palabras de Lewis: *se podría incluso decir que es por este elemento intermedio que el hombre es hombre: por su intelecto es mero espíritu y por su instinto es mero animal.*

Excursus: una de las expresiones más nefastas de cierta cultura actual es la de “relación sentimental”, con la que se quiere supuestamente expresar una relación de amor entre dos personas. ¿Acaso se puede tener una relación sentimental, solo sentimental, con una persona? ¿No resulta indignante? ¿No es un insulto? Podré tener, en efecto, una relación solo ‘sentimental’ con un caballo, pongo por caso, porque no esperaré de él un intercambio intelectual ni volitivo, pero... ¿con una persona una relación ‘sentimental’? ¿Y qué haré con mi inteligencia? ¿No la pondré al servicio del amor? ¿Y con la

voluntad o la memoria? ¿Tampoco las dirigiré a la persona amada? ¿Dependeré solo de mis sentimientos, de modo que si me apetece la querré y si no, no? ¿No dedicaré la inteligencia a fomentar y pulir mi amor, de manera inteligente, para amarla como ella quiere ser amada y no como a mí me viene en gana? ¿No buscaré en mi memoria los detalles, las risas, lo mejores momentos de nuestro amor para recrearlos en el presente? ¿No seré capaz de ‘provocar’ con mi voluntad nuevos y mejores sentimientos sienta que languidecen?...